

A propósito de Gabriela Mistral

RC60748

En un artículo escrito hace poco en este diario, referido a Pablo Neruda, cuyo aniversario de nacimiento se aproxima, tocamos, de paso, el nombre de Gabriela Mistral y el sino que acompaña a ambos después de su muerte. El libro en cuestión toma de aquí y de allá los pormenores de su vida íntima que muchos, seguramente, admiradores de la poesía de Neruda, no verán con buenos ojos. Cada cual tendrá su propio juicio y sacará sus conclusiones de si los acontecimientos de su vida sentimental son el hilo conductor de su poesía y su obra.

Una gentil lectora solicita alguna explicación al respecto en cuanto a Gabriela Mistral.

Digámosle entonces que no fue la vida de nuestra poetisa un remanso de tranquilidad y sosiego. Parece que tampoco lo es su memoria.

Personalidad en el mundo universal de las letras, halagada y alabada en vida, dueña de un envidiable nombre que traspasó muy temprano los límites de su pequeña tierra, habitadora ha mucho del Olimpo literario, sus quejas y pesares que algunos pocos conocieron de cerca no eran, como se creía, caprichos de su genio vital ni gestos de protección para el mundo que merodeaba en torno suyo. Realmente era, lo que podría llamarse, un alma atormentada.

La poesía vendría a ser, entonces, el vínculo de comunicación con ese mundo íntimo, tormentoso, profundo y delicado, ígneo y vegetal, que fue haciéndose desde muy temprano en las soledades de esa patria pequeña, seca y solemne, cósmico de silencios, el valle de Elqui.

Apenas ha cumplido tres años y ya Gabriela intuye la ausencia de su padre, Jerónimo Godoy, que era "como un rey del país de los gitanos, y tocaba la guitarra como un payador". Andariego y errabundo solía el padre hacer escapadas a menudo, hasta que, sin aviso, emprendió el definitivo, para perderse en la vehemencia de sus noches.

Como Neruda, también debió Gabriela edificar la imagen paterna, después, con vigilante emoción. Aquél, de su madre, esquivaba sombra que acosó toda la vida del poeta, por donde quiera que anduvo. Esta, con ternura filial, como si necesitara el recuerdo, oculto martirio, para escribir, martirizándose.

Más tarde, su estrella de niña escolar, tímida y fugaz, recibió con crueldad las injusticias prematuras. Acusada de negligencia, que el mundillo de entonces elevó a categoría de delito, debió refugiarse en las falda de su abuela, perseguida y vejada por sus propias compañeras de curso, inocentes, tal vez, de la ci-

No acatarían allí sus dolores.

Adolescente ya, en edad de buscar un destino que le asegurara su futuro, intenta ingresar a la Escuela Normal de La Serena. Inútil esfuerzo. La Dirección y el profesorado del establecimiento están informados de que por entonces es autora de algunos poemas considerados muy avanzados, demasiado osados. Se le cierran esas puertas que, después de todo, como en el caso de Neruda, le abrirá otras, las más venturosas y fértiles de la creación literaria.

Faltaba, sin embargo, para completar el ciclo de increíbles desventuras, esa mayor, la más profunda y apasionada, la síntesis de su sentimiento superior: el amor-muerte de su poesía, también de su corazón. Los extremos se han juntado una vez más en la imagen del joven suicida, Romelio Ureta, cuando Gabriela comenzaba a disfrutar por primera vez la dicha y sus horas felices del primer amor, que enciende esa llamarada de los Sonetos que aún no se apagan.

Así, al menos, ha recogido la historia la pasión de Gabriela Mistral cuando ha sido menester interpretar su poesía. En cada verso de la poetisa, siempre dolorosos, como un eterno retorno, no fue fácil desentenderse de ese atiago hecho. La sombra de Romelio Ureta no se desvaneció con el tiempo.

Uno de sus biógrafos, Sergio Fernández Larraín, dirá más tarde, refiriéndose a la vida sentimental de Gabriela: "Por nuestra parte pretendemos probar que Romelio Ureta no fue el único, ni siquiera el primero ni tampoco el último amor".

El epistolario de Gabriela Mistral, que ha ordenado e interpretado el profesor Fernández, es el testimonio del éxtasis luminoso de su prosa, de sus palabras, pequeñas hojas de un gran árbol que van cayendo desde el fondo de su alma, cada una quebrando su voz, heridas de muerte, sin remedio, como un otoño que no tendrá primavera.

Sus cartas a Magallanes Moure, el poeta que iluminó su estancia de brumas y silencios, contiene un postrer tributo al amor y la melancolía. Ese hombre de aspecto nazareno, paseando a diario por las solitarias avenidas de su pueblo a la hora del Angelus, San Bernardo, también tempranamente desaparecido, le arranca expresiones inolvidables que es preciso leer para sentirla y admirarla.

El destino de la gran poesía chilena, como se ve, está atravesando por un relámpago estremecedor, que cruza de norte a sur, palpitante todavía de pasiones encendidas que están muy lejos de apagarse.

A propósito de Gabriela Mistral [artículo] Hugo Rolando Cortés.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cortés, Hugo Rolando, 1932-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

A propósito de Gabriela Mistral [artículo] Hugo Rolando Cortés.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile